

Viajeros en el Sur novohispano: Carletti, Careri, Humboldt

Jesús Guzmán Urióstegui*

Es cierto que no abundan los escritos sobre algún aspecto de la geografía y la sociedad del llamado Sur novohispano, territorio que después se conformaría como parte del estado de Guerrero; no abundan, pero tampoco son escasos a lo largo del periodo colonial (1521-1821). La mayoría tiene como base un interés oficial: crónicas de conquista, relaciones geográficas, expediciones científicas, instrucciones reservadas, informes de doctrina, entre otros aspectos. Algunas más son producto de los apuntes de viaje de los trotamundos ilustrados, aquellos que se movieron por un interés tanto personal como económico, científico o tan sólo por curiosidad, independientemente del uso que le dieran después a su testimonio. A tres de estos últimos me referiré aquí: Francesco Carletti, Gemelli Careri y Alexander von Humboldt, quienes en este orden deambulaban por esos lares con alrededor de un siglo de diferencia respecto a su antecedente: a finales del siglo xvi el primero, en los últimos años del xvii el segundo y a principios del xix el tercero. Como siguieron la misma ruta o camino, desde Acapulco hacia la ciudad de México, los datos que ofrecen son un excelente ejemplo para entender parte de la dinámica histórica de los pueblos allí comprendidos.

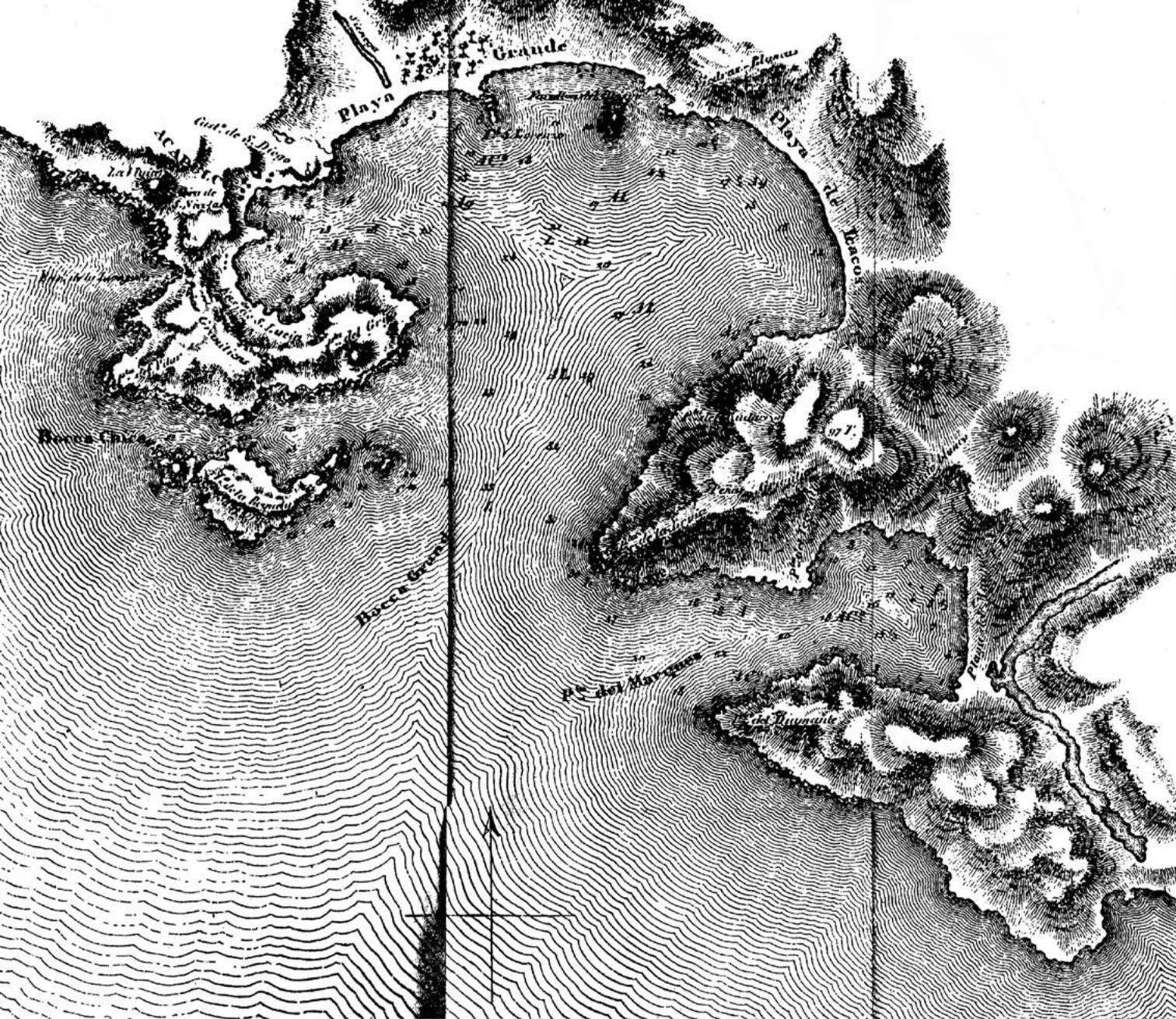
Carletti

Francesco Carletti fue un mercader florentino dedicado a la trata de negros y a la compra-venta de oro, plata, porcelana, seda y especias. Con ese quehacer salió el 8 de enero de 1594 desde el puerto de San Lúcar de Barrameda, España, en un periplo que lo llevaría a los mercados de África, América (Indias Occidentales) y Asia (Indias Orientales), hasta retornar a su lugar de origen en julio de 1606, donde le daría forma a sus memorias, las cuales llegaron hasta nosotros con el título de *Razonamientos de mi viaje alrededor del mundo*. La primera edición en italiano es de 1700, en tanto que la castellana salió de la imprenta de la UNAM en 1976.

En junio de 1595, a los 22 años de edad, Carletti llegó a las costas de Acapulco por la vía de Perú. Estuvo allí unos días y luego continuó su viaje hacia la ciudad de México, de donde regresaría al puerto en marzo del año siguiente para embarcarse rumbo a Filipinas. Dos espacios concretos llamaron su atención en el ámbito suriano: Acapulco y el Río Balsas o Grande.

En términos de comercio marítimo, Acapulco era hermoso y seguro, nunca bastante elogiado y con capacidad para innumerables naves, pero demasiado incómodo para la vida en tierra por malsano, cenagoso y atestado de alacranes y muchos otros animales venenosos, además de insoportables mosquitos. Por ello no se le hizo extraño que a pesar de ofrecer muchas ventajas

* Investigador independiente (jguzmanu0409@yahoo.com.mx).



Alexander von Humboldt, Plano del puerto de Acapulco del libro *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*

para la pesca, actividad que a veces podía hacerse sin necesidad de ir mar adentro, el sitio estuviera casi deshabitado, excepto cuando llegaban los navíos de Filipinas. Entonces, los comerciantes de Nueva España y los de Perú se concentraban en alrededor de 20 casas habitación “hechas de ramas entrelazadas y unidas con tierra y cubiertas de paja, sin techo, en forma de cabañas” (Carletti, 2002: 64-66).

La presencia de estos mercaderes también hacía patente la diferenciación social y la competencia en el gasto y el despilfarro, lo cual daba pie a un proverbio muy de las damas del mundo allí atraídas, de las prostitutas propias de todo puerto de mar, las cuales comparaban a sus clientes con los mosquitos que pululaban en el entorno, los “cicenes” o jenes, que eran de todo el año, y los zancudos, cuya presencia coincidía con la llegada de los barcos mercantes:

Afuera cicenes que vienen zancudos, aludiendo a los peruanos, como queriendo decir “marchaos vosotros, aldeanos y desastrados, porque viene gente más poderosa y más espléndida que vosotros”, como en efecto sucede por la cantidad de plata que ellos traen para comprar diversas mercancías que llegan de España a México, y también de las que se hacen en la provincia, especialmente paños de lana en abundancia, y telas de seda que se fabrican con la seda que llega de la China, de donde cada año llegan a este puerto dos o tres naves, cargadas de diferentes mercancías de aquel reino, por el camino de las islas Filipinas (*ibidem*: 65).

Sin dejar de describir en forma escueta diversos asuntos curiosos para él, como la abundancia del árbol del dragón, del que utilizó la savia para limpiarse los dientes y las encías, el otro punto en que Carletti hizo hin-

capié fue el del Río Grande (Balsas-Mezcala), del cual le extrañó –hombre de negocios como era– que careciera de algún puente o barca conveniente para atravesarlo, a pesar de ser un cruce obligatorio para las mercancías y las personas que iban de Acapulco a la ciudad de México y viceversa. Tal carencia obligaba a utilizar al efecto un sistema incómodo, peligroso y aburrido:

[...] nos fue menester, tal como hacen los demás, ponernos encima de un montón de calabazas grandes y secas atadas a una rejilla de cañas puesta sobre ellas, sobre la cual se pone la silla del caballo, que se hace pasar a nado, y sobre la silla se sienta uno, y luego cuatro de aquellos indios, uno por esquina, de la dicha rejilla con las calabazas, nadando la empujan y conducen a la otra orilla del río, rompiendo la corriente del agua (*idem*).

Careri

Giovanni Francesco Gemelli Careri nació en 1651 en Radicena, reino de Nápoles. Doctor en derecho y aventurero, en 1686 inició un recorrido por Europa y en 1693 otro alrededor del mundo, este último para satisfacer su afán y su espíritu inquieto, pero también para evitar ciertas persecuciones y ultrajes de que era objeto por parte de “alguien” poderoso y de un ministro malintencionado.

Tras visitar Egipto, Persia, Constantinopla, Ceilán, Singapur, China, Macao y Filipinas, por citar varios de los múltiples lugares en que estuvo, el 29 de junio de 1696 salió de Manila en el galeón *San José*, hasta llegar a Acapulco el 19 de enero de 1697, hecho que consideró en verdad digno de mención por lo magnífico de la América, y no de mera vanidad como sucedía en las exaltaciones de los ociosos y malvados cuando referían acontecimientos tan pequeños, insignificantes quizá, como lo eran los trabajos pasados por Eneas al viajar de Grecia a Italia.

Al no encontrar mesón alguno en el puerto, se hospedó en el convento franciscano del lugar, donde al parecer se quedó hasta la tarde del lunes 18 de febrero, fecha de su salida para la ciudad de México. En ese mes de estancia recorrió el sitio y anotó varias de sus peculiaridades, algunas de las cuales continuaban en términos semejantes a lo señalado por Carletti. Así, opinó que el nombre de ciudad y la categoría de primer emporio del mar del sur y escala de la China era engañoso, pues Acapulco no dejaba de ser una humilde aldea de pescadores por sus casas ruines, levantadas con madera, barro y paja, a lo que se añadía la circunstancia de que



Giovanni Francesco Gemelli Careri en 1699, a los 48 años de edad

eran bajas debido a los frecuentes terremotos que padecía la región, como el que se sintió el 7 de febrero; que aunque era pueblo seguro y amplio, en tierra era mal sano y sumamente caluroso entre noviembre y mayo, debido a las escasas lluvias; que la destemplanza y su terreno agreste limitaban sus recursos de sostén, por lo que no eran muchos los interesados en establecerse allí, excepto los negros y los mulatos (Careri, 1976: 4-19).

Todo esto cambiaba con la llegada de la Nao de China y de los navíos de Perú, ya que la feria a que daban origen traía consigo buenos negocios y ganancias para todos: el fisco, que recibía 80 mil pesos por derechos tan sólo de la nao; los comerciantes, con inversiones que superaban los dos millones de pesos; los estibadores, con entradas de hasta tres pesos al día, e incluso el párroco encargado, que si bien tenía un sueldo de 180 pesos al año, en cualquier momento se echaba a la bolsa mil extras por la sepultura de un mercader acaudalado, sobre todo si éste provenía del extranjero.

A partir de ese momento la rústica aldea se transformaba en una bien poblada ciudad, cuyas cabañas eran ocupadas por gallardos españoles y no hoscos mulatos; con peruanos que colocaban el cacao y compraban productos chinos cuyo valor llegaba a un total de muchas sumas de pesos, en ocasiones hasta más de dos millones; con comerciantes mexicanos que llevaban productos europeos y locales; con la entrada de bastimentos que adquirirían precios altos; con frailes pidiendo limosnas y con soldados del rey encargados de cuidar el orden y de vigilar el puerto ante los embates de barcos enemigos, para lo cual tenían una buena artillería de bronce sita en el pequeño castillo de resguardo. A Careri no se le olvidó mencionar que la armada tenía su propio hospital y que, una vez concluidos los negocios, la ciudad volvía a quedar casi desierta.

Los datos de Gemelli Careri, en lo que concierne a los comerciantes de México y los de Perú, nos hacen entender que las transacciones en Acapulco tenían un rol particular y específico: los peruanos gozaban del privilegio de compra en las mercancías de China, mientras que los novohispanos el de venta en los productos europeos. Las diferencias en las inversiones de unos y otros daban pie a otra caracterización sociológica, en el entendido de que por su mayor capacidad de gasto aquéllos eran soberbios y molestos, mientras que éstos eran generosos y corteses.

Con dinero a la mano no podían faltar las diversiones populares, fastuosas en número y en juego. Tenemos datos de las peleas de gallos, y Careri nos habla de las competencias de caballos:

El domingo 17, siendo el último del carnaval, los negros, mulatos y mestizos de Acapulco, después de comer, corrieron *Parejas* con más de cien caballos y tan bien, que me pareció que superaban en mucho a los grandes que yo había visto correr en Madrid, aunque éstos suelen ejercitarse en el juego un mes antes. No es una fábula que aquellos negros corrieran una milla italiana, sujetándose algunos por la mano y otros abrazados, sin separarse nunca o descomponerse en todo aquel espacio. Recogían otros al correr el sombrero del suelo (*ibidem*: 13).

Del camino a la ciudad de México nombró los puntos por los que siguió, sin dejar de detallar las emociones, gustos y padecimientos que le generó el traslado. Así, de los puntos propios del Sur advirtió que la venta de Atajo era desagradable no sólo por los mosquitos, sino también por lo caro que le salieron una gallina

y cuatro huevos, aunque se divirtió matando chachalacas y admirando naranjas y limones tan hermosos como desperdiciados; venta del Ejido igual con mosquitos, donde extrañó el pan de trigo, sin que dejara de reconocer el agradable sabor de la tortilla de maíz, la tortilla caliente y no fría, por supuesto. Luego, en la venta de Dos Arroyos le dieron a probar una fruta silvestre ácida de sabor parecido a la cereza, mientras que en Los Pozuelos mató un gallo montés o faisán de no mal sabor, aparte de que gozó de una noche fresca y sin mosquitos. En venta del Peregrino hizo un alto para comer y enfrentar la fatigosa montaña del Papagayo, toda de piedra viva hasta llegar al río del mismo nombre, el cual dijo pasar a vado por no estar crecido, pero que en tiempo de aguas no permitía otra opción que cruzarlo en balsas de diferentes tamaños guiadas por algún indio.

Pasó también por venta del Cacahuatal, de montañas escarpadas y antiguo sitio de árboles de cacao; la aldea de los Dos Caminos, con aire menos caliente y con una casa municipal en la que se atendía y servía a los viajeros; montaña de Los Cajones, horrible y empinadísima, que hacía necesario el descanso en la aduana de Acahuizotla, donde se podía cenar y dormir; Trapiche o Tappeto de Massatian (Mazatlán), con buen pan y buena caza de ciervos; la aldea de Las Petaquillas, con albergue en la casa municipal y con mucho frío en la noche; la aldea de Chilpancingo, lugar cómodo rodeado de valles abundantes en maíz y con mujeres jóvenes que, “para suavizarse la cara y defenderla del frío, se la untan con una flor amarilla machacada”; el pueblo de Zumpango, sito entre valles sin reparo alguno de árboles pero con servicio gratuito de descanso y comida para los caminantes, eso en las casas municipales; río de las Balsas, “así llamado porque se cruza en balsa” y que culminaba nueve leguas de camino por un valle semejante al del Tirol; Nopalillo y Cañada del Carrizal, lugar donde el lunes 25 de febrero, “dos horas antes de medianoche se sintió un terrible terremoto, que duró el espacio de dos credos” y que en Acapulco arrasó con muchas casas, movimiento telúrico que se repitió en la mañana inmediata; Rancho de Palula, con alrededores pródigos para la cacería de chachalacas y otras aves; y Pueblo Nuevo, que tenía una laguna grande donde había muchos patos. Después continuó por Amacuzac y otros pueblos de la jurisdicción de Cuernavaca, hasta que el sábado 2 de marzo entró a la imperial ciudad de México por San Agustín de las Cuevas, Tlalpan (*ibidem*: 4-19).

Cabe destacar que los datos de este viajero no son los del observador meticuloso e ilustrado, sino los del aventurero que aprecia y aprovecha lo que ve, lo que le divierte y le hace pasar el tiempo. Las impresiones que escribió sobre Nueva España se editaron en Nápoles en 1700, como parte del tomo VI de su *Giro del mundo*. En México la primera traducción castellana apareció en 1927, así como la versión por separado del *Viaje a la Nueva España*.

Humboldt

Friedrich Wilhelm Heinrich Alexander von Humboldt nació el 14 de septiembre de 1769 en Berlín; 30 años después, sin dejar de conseguir el infaltable y colonial permiso del rey de España, emprendió el rumbo a las tierras de América en un viaje eminentemente científico, con gastos por su cuenta. No era un novato ni un improvisado, pues ya había recorrido diversas regiones de Europa, donde consignó noticias en múltiples materias y asuntos. Aunque también estudió administración, historia, antropología, arqueología, lingüística, medicina, filosofía, dibujo y grabado, sin duda las llamadas ciencias de la tierra fueron las que más llamaron su atención: botánica, geografía, geología, mineralogía, física y astronomía. Estos gustos moldearon sus escritos, pues si bien es cierto que recopiló infinidad de documentos y testimonios, sobresalen en ellos los referentes a los últimos rubros.

Junto con el botánico francés Aimé Bonpland, el barón von Humboldt desembarcó en Acapulco el 23 de marzo de 1803; culminó un viaje de varios años por las regiones de Caracas, Cuba, Nueva Granada, Quito y Perú. Cuatro días más tarde emprendió el trayecto a la ciudad de México, por el llamado "Camino del Asia", del que levantó el plano o carta itinerario correspondiente: venta del Ejido, alto de Camarón, alto de Pozuelos, valle del Peregrino, alto del Peregrino, valle del Río Papagayo, venta de Tierra Colorada, venta de La Mojonera, alto de Cajones, Acahuizotla, Mazatlán, Chilpancingo, Zumpango, Cañada del Zopilote, Mezcala, venta de Estola, Tepecoacuilco –donde modificó su rumbo unos días para recorrer sitios como Taxco, Tehuilotepic y al parecer Iguala–, para finalmente continuar por Puente de Ixtla, Cuernavaca y Huitzilac, hasta vislumbrar la capital novohispana. Desde esta última se dirigió a otros puntos, para salir de Nueva España en marzo de 1804.

En los sitios del Sur sabemos que hizo mediciones en todos ellos, pero con mayor especificidad en Aca-

pulco, Mezcala, Taxco y Tehuilotepic; de este último lugar volvió a la ruta de Asia-ciudad de México el 9 de abril de 1803. En las poco más de dos semanas que estuvo en la provincia señalada, es probable que también realizara paseos por Chilapa y por la malsana y caliente Iguala.

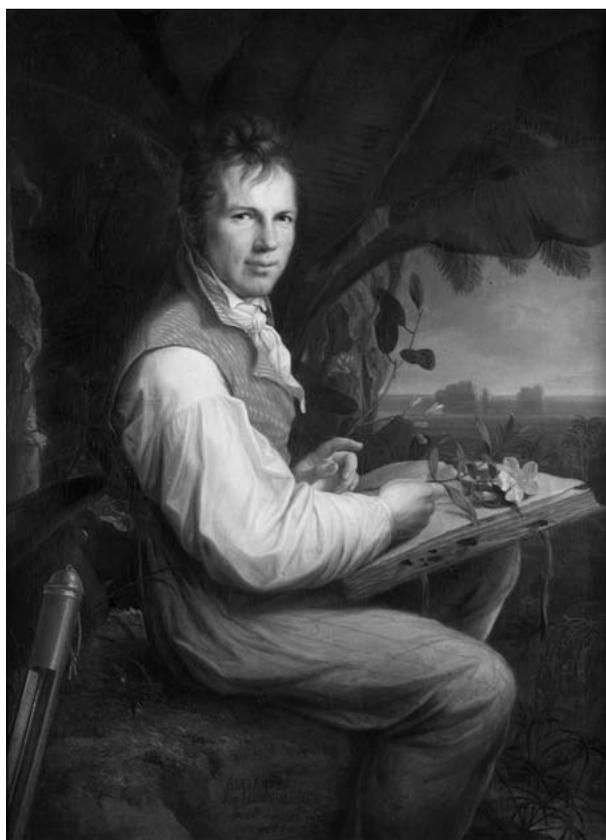
Sus impresiones las plasmó en varias obras, en especial en el *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, que se comenzó a publicar en París en 1807, y en el *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, cuyas primeras entregas aparecieron en 1808 como parte del *Viaje...*, según el doctor Juan Antonio Ortega y Medina, pero que poco después se editó por separado y en alemán en 1809, en francés en 1811 y en español en 1822.

En todo caso los datos que incluyó en semejantes escritos no obedecen a sus observaciones inmediatas, sino que conjugan sus propios estudios y experiencias con noticias oficiales, papeles de archivo, recopilaciones de naturalistas, mineros, botánicos y otros científicos locales. De ambos textos destaca sobre todo el *Ensayo...*, ya que en él se dedicó en concreto al territorio que más tarde conformaría a la nación mexicana (Humboldt, 1978).

Con base en ello, la primera característica de sus consideraciones respecto al Sur consiste en la preeminencia de los datos o noticias técnicas y de "ciencia dura". Vestimenta, comida, fiestas, ceremonias y otros elementos de la vida diaria no son dignos de mención, salvo en contadas ocasiones. No es que faltaran reflexiones sociológicas, históricas o etnográficas en su texto, sino que las insertó en lo común para todo el espacio novohispano. En cambio prevalecieron las descripciones geográficas y geológicas, con las acotaciones pertinentes en cuanto al clima y las posibilidades de producción económica, con hincapié en el tema minero.

Se explica así que en su texto aparezcan referencias a sitios en los que ni siquiera estuvo, pero que sí figuraban en los documentos que consultó; por ejemplo, Atoyac, Tecpan y Petatlán, los tres pródigos en las cosechas de algodón; Iguala, con su potencial agrícola cuando de azúcar y algodón se trataba; Tlapa, Ajuchitlán, Zacatula, Zihuatanejo, Tetela del Río, Malinaltepec y algún otro.

Los puntos de referencias extensas son dos: Taxco y Acapulco. Con su riqueza en plomo, estaño y plata, clima templado y salubre, más su abundancia de árboles frutales, Taxco le mereció una descripción prolija en



Alexander von Humboldt, pintado por Friedrich G. Weitsch en 1806

cuanto a tipo de tierra, rocas y vetas minerales, sin dejar de lado los detalles de su explotación en tiempos de los aztecas; luego, durante la Colonia, periodo del que destacó los trabajos del francés José de Laborde (Borda), quien en un momento de bonanza costeó por sí solo la hermosa iglesia parroquial de este centro minero.

En cuanto a Acapulco, el barón prusiano destacó los datos geológicos, geográficos y marítimos que caracterizaban a ese puerto, con énfasis en las condiciones en que se daba la navegación tanto en la ruta de Filipinas como en la de Perú. Aunque no abundó en detalles sobre el papel comercial de la “miserable ciudad”, ya que para ese efecto remitió a la consulta de lo que habían escrito otros viajeros, no dejó de reconocer que allí se celebraba la feria más famosa del mundo, la cual provocaba que se concentraran en el puerto alrededor de nueve mil almas, cuando los habitantes cotidianos no pasaban de cuatro mil, “casi exclusivamente” hombres de color, esclavos muchos de ellos, acostumbrados a llevar una vida insostenible para cualquier europeo, pues con frecuencia padecían calenturas biliosas, *cholera morbus*, terremotos y violentos huracanes entre mayo y diciembre, si bien los más peligrosos llegaban entre julio y septiembre.

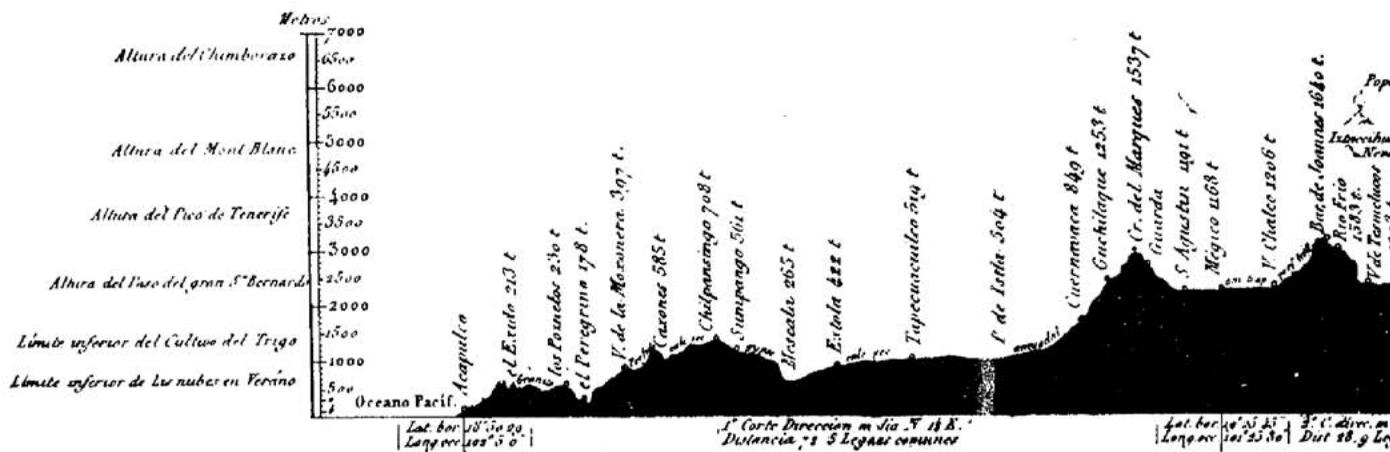
Humboldt añadió que el comercio del galeón de las Grandes Indias con Acapulco era en extremo sencillo, ya que implicaba una sola nave al año con un cargamento no muy variado, pero sí excedido en valor, toda vez que alcanzaba un millón y medio o dos millones de pesos, a pesar de que por ley las transacciones no debían superar un total de 500 mil. Con un abasto de muselinas, telas pintadas, seda cruda, efectos de algodón, especias, aromas y objetos de platería, el galeón salía de Manila a mediados de julio o principios de agosto, en una travesía penosa que duraba de tres a cuatro meses.

Su arribo provocaba un interesante proceso socioeconómico, el cual se explicitó en el *Ensayo...* en los términos siguientes (libro V, capítulo XII):

Luego que llega a México la noticia de haberse avistado el galeón en las costas, se cubren de gente los caminos de Chilpancingo y Acapulco; los comerciantes se dan prisa para ser los primeros a tratar con los sobrecargos que llegan de Manila. Ordinariamente se reúnen algunas casas poderosas de México para comprar todos los géneros juntos, y ha sucedido venderse el cargamento antes que en Veracruz se tuviese noticia del galeón. Esta compra se hace casi sin abrir los bultos, y aunque en Acapulco acusan a los comerciantes de Manila de lo que llaman *trampas de la China*, es menester confesar que este comercio entre dos países, tres mil leguas distantes uno de otro, se hace con bastante buena fe, y tal vez aún con más honradez que el comercio entre algunas naciones de la Europa civilizada, que nunca han tenido la menor relación con los comerciantes chinos (*ibidem*: 488-489).

A su vez, el galeón partía de regreso a Manila en febrero o marzo, con condiciones de navegación cómodas y rápidas, en una travesía de entre 50 y 60 días. Llevaba en sus bodegas plata con un valor cercano al millón de pesos, aparte de una corta cantidad de cochinilla de Oaxaca, cacao de Guayaquil y de Caracas, más vino, aceite y tejidos de lana de España. Entre los pasajeros nunca faltaban los frailes misioneros.

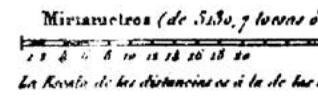
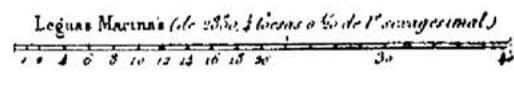
Humboldt concluye que, pese a su poca sanidad, el movimiento mercantil del puerto hacía que Acapulco fuera considerada una de las principales ciudades de la intendencia de México, con un camino rumbo a la capital novohispana sólo superado en importancia por el de la ruta México-Veracruz. Esa misma trascendencia beneficiaba en grado sumo a Chilpancingo, debido a que sus moradores aprovecharon el clima templado y los campos fértiles no sólo para abastecer de ali-



Plano físico de la

Perfil del Camino de Acapulco à Mé

Levantado según las medidas Barométricas y Trigonométricas



Plano físico de la Nueva España levantado según las medidas barométricas y trigonométricas tomadas en 1804 por Humboldt

mentos al puerto, sino también para ofrecer descanso a los transeúntes que habían abandonado los malsanos y calurosos terrenos de la costa y de los valles del Papagayo y del Peregrino. No en vano había múltiples siembras de trigo y de árboles frutales para atender los aspectos citados.

También destaca que el camino entre el puerto de Acapulco y el pueblo de Chilpancingo era ancho y estaba bien cuidado, pese a que en él no se podía hacer otro trayecto que subir y bajar. Los únicos inconvenientes allí eran las avenidas de los ríos Papagayo y Mezcala, pues carecían de puentes para facilitar la comunicación y el tráfico. Humboldt da a entender que, en el periodo de secas, el primer río se podía cruzar en forma fácil, mientras que en la temporada de lluvias representaba un gran peligro, al grado de que incluso los arrieros tenían que esperar siete u ocho días para tantear el vado. Además, la fuerza de su corriente había dado al traste con varios de los intentos virreinales por construir un puente de paso. Del Mezcala sólo opinó que tenía casi el mismo peligro que el anterior, y

que lo había atravesado sobre una jangada o balsa hecha con calabazas silvestres secas y cañas atadas encima. Después de Chilpancingo, el camino rumbo a la ciudad de México era de menor calidad, hasta caer en la categoría de francamente malo entre Cuernavaca y la llamada Cruz del Marqués. El perfil fisiográfico de toda esta ruta se aprecia en uno de los gráficos del *Ensayo...*, al igual que un plano del puerto de Acapulco.

Por último, no se puede dejar de mencionar que fue en el Sur donde Humboldt vio a uno de los personajes novohispanos que más le llamaron la atención debido a sus cualidades físicas: Martín Salmerón, nativo de Chilapa, un mestizo de dos metros con 22 centímetros de altura, el gigante mejor proporcionado que había conocido hasta el momento de escribir su texto.

Conclusiones

Con las diferencias consabidas en cuanto a los intereses y las actividades de los viajeros referidos –comerciante aquél, aventurero otro, aunque también se dio

